

SANTIAGO CALATRAVA, EL MOVIMIENTO COMO PRETEXTO



© ELOI BONJOCH

SANTIAGO CALATRAVA. TORRE DE TELEFÓNICA. BARCELONA



SUS OBRAS COBRAN SENTIDO EN EL PROPIO MOVIMIENTO, REAL O VIRTUAL, EXPLÍCITO O SUGERIDO; EN AQUEL PUNTO DONDE LA CONSTRUCCIÓN SE DESCONSTRUYE PARA, POSTERIORMENTE, RECONSTRUIRSE DE MANERA INESPERADA BAJO LA MIRADA DE SUS ESPECTADORES; O EN AQUEL PRECISO INSTANTE EN QUE DESAFÍA, ESTÁTICA, LOS LÍMITES DE UN EQUILIBRIO FLUCTUANTE ENTRE MAGIA Y FÍSICA.

ELISEU T. CLIMENT REDACTOR DE LA REVISTA "EL TEMPS"

Escenarios de una memoria Sería arriesgado —y por otra parte bastante presuntuoso— pretender caracterizar la figura de Santiago Calatrava a partir de unos pocos adjetivos y constataciones, que no dejan de ser impresiones de una innegable superficialidad. Algunos rasgos, cuanto menos, pueden ayudar a descubrir a esa persona a la vez hermética y sencilla que es el arquitecto e ingeniero valenciano. El caso es que Santiago Calatrava, que este año cumple los 43, ha cautivado —en aproximadamente sólo una decena de proyectos, puentes, construcciones y alguna que otra rehabilitación— al mundo entero, desde Toronto hasta Nueva York, pasando por Berlín, Barcelona o Lyon.

Su existencia se debate entre la capital del Sena, Zúrich y Valencia. Estas tres ciudades, en cada una de las cuales posee despachos, transportan a Calatrava a los escenarios, muy significativos, de su memoria. Llegó a París hace casi tres años. Su residencia, en un edificio burgués del bulevar Beaumarchais, combina sencillez funcional y belleza racionalista: espacios amplios, de cálida frialdad, alterados sólo por la presencia de mobiliario de Le Corbusier, Mies Van der Rohe y algunos diseños propios. En el estudio, que comunica con la cocina de manera muy discreta, Calatrava roba las horas, a golpe de grafito, a un día que todavía no ha nacido. Como él mismo declaró a *El Temps* en un suplemento especial que se le dedicó en mayo de 1993, "París es la ciudad cosmopolita por excelencia, la ciudad de todos y la de nadie; por consiguiente, muy familiar: cada cual se encuentra como en casa".

Zúrich, o los años de estudiante de ingeniería, fue la etapa más fructífera de la vida de aquél que anteriormente ya había finalizado la carrera de arquitectura en la Universidad Politécnica de Valencia. Pero Zúrich representa también a Robertina, su esposa.

En Valencia estudió el bachillerato y, más adelante, la carrera. Las Escuelas Pías significaron en Calatrava la ruptura con la vida idílica, campesina y "de ba-



rraca" —como a él le gusta definirla— de su Benimámet natal que, todavía hoy, busca entre el silencio y la distancia de su existencia. Más tarde, Valencia representará la Universidad Politécnica y, especialmente, las horas de estudio en su biblioteca.

A pesar de que, tras la estancia en Zúrich, su vida se ve inmersa en la aceleración constante y progresiva del túnel sin retorno que es el tiempo, Calatrava no se deja llevar por el éxito de sus primeras grandes obras, sino todo lo contrario. En una firme voluntad, casi obsesiva, el ingeniero y arquitecto valenciano no cree en la consagración. "Uno se consagra cuando muere" confesó, con la humildad que le caracteriza, en cierta ocasión. Su esencia cobrará validez póstuma; ahora no es más que un cúmulo de actos y trabajos inconexos, sin aquella pieza clave que es el punto final, el catalizador que puede dar sentido a la totalidad de su trayectoria. Un pensamiento existencialista, por otra parte, aun cuando, desde su escepticismo cáustico, afirma: "yo no me siento hijo del 68, soy hijo de labradores". Y es concretamente por este descrédito, que el genio no cree en el éxito y huye hacia adelante, en busca de un paraíso que se materializa en cada una de sus creaciones.

El movimiento como pretexto

Todo se mueve en la obra de este personaje multidisciplinario de complejidad leonardesca. En su obra convergen ingeniería, arquitectura y escultura, formando, desde esta trinidad, una unidad armoniosa y perfecta, de difícil definición y de aspecto cambiante. Sus obras cobran sentido en el propio movimiento, real o virtual, explícito o sugerido; en aquel punto donde la construcción se desconstruye para, posteriormente, reconstruirse, de manera inesperada, bajo la mirada de sus espectadores; o en aquel preciso instante congelado en el tiempo, en que desafía, estática, los límites de un equilibrio fluctuante entre magia y física. Si la Torre de Telefónica, símbolo de la Barcelona olímpica, reta a las leyes de la gravedad superando,



© ELOI BONJOCH

SANTIAGO CALATRAVA. PUENTE DE BAC DE RODA. BARCELONA

más allá de la verticalidad, las fórmulas de la estática, las puertas de la fábrica textil Ernstings, en cambio, cerradas, forman parte de la fachada y, al abrirse, adquieren el aspecto de una marquesina.

Estática es compensación y equilibrio, secuencia cristalizada; instante libre de premuras temporales; movimiento definido por su negación, en el que se hacen explícitos los sistemas vectoriales de fuerzas y tensiones que actúan sobre la obra construida. Dinámica, en cambio, es variabilidad y sorpresa; caos aparente pero microscópicamente ordenado; metamorfosis orgánica como el techo del pabellón de Kuwait de la Expo '92 de Sevilla, que se abría de manera gradual y, reproduciendo los movimientos de los dedos, dejaba al descubierto el interior del edificio. Pero dinámica es, a fin de cuentas, metamorfosis y vida; animación que, en el caso de los trabajos de Santiago Calatrava,

adopta soluciones orgánicas. Y este movimiento, explícito o sugerido, variable o no, "puede abrir —como declaraba Calatrava en el citado semanario— un desarrollo futuro en la arquitectura".

La naturaleza como solución

Naturaleza todopoderosa, potencial de vida. *Natura mater et magistra*: éste fue el lema con que Santiago Calatrava tituló su tesis sobre la plegabilidad de los materiales. Fue un libro infantil de su hijo, *El desert viu*, el que le despertó los secretos de un mundo vegetal y animal, ordenado y armonioso. La imagen de una flor de cactus abriéndose en el crepúsculo, hizo que el arquitecto e ingeniero se remontara al concepto clásico de *Maternatura*. "Los edificios crecen de manera natural", afirma Calatrava. Sus construcciones, por analogía con el universo natural, adoptan

una sintaxis orgánica en la que cables de acero, a modo de ligamentos, se tensan en un punto articulador que une elementos de hormigón de aspecto óseo. Entramados de columnas con siluetas arboriformes de la catedral neoyorquina de Saint John the Divine apuntan, con una verticalidad gótica, hacia una realidad superior. Esta solución orgánica, a pesar de tener un origen clásico, contiene en su esencia parte de obra gaudiniana. La fluidez de la curva del modernista se tensa hoy en el acero y el hormigón, del mismo modo que los pasillos de la estación de ferrocarril de Zúrich mantienen, en su esencia, lazos con la cripta de la Colònia Güell. Pero Santiago Calatrava va más allá de la reproducción, sin más, de motivos naturales. Más bien los utiliza para catapultar su arte a dimensiones todavía vírgenes en la arquitectura actual. Su obra no se enmarca ni en conceptos figurativos ni muy surrealistas. La originalidad



© ELOI BONJOCH

SANTIAGO CALATRAVA. PUENTE DE BAC DE RODA. BARCELONA

es subversiva y no admite calificaciones. Sus creaciones se entienden como organismos autónomos animados, y no como un cúmulo de elementos unidos y puestos en movimiento a partir de las leyes de la mecánica. De estas obras emana una realidad trascendente y paralela, traducida con hormigón, que es la realidad del genio; un universo superior que mantiene correspondencia con la realidad inmediata a través de sus obras impregnadas de un animismo, sin duda, gaudiniano.

A mano alzada

Santiago Calatrava no emplea escuadra ni cartabón; concibe, con las mismas herramientas del artista, y desde su caballete de pintor, las obras de un trazo sólido y expresivo, que es el testimonio de la espontaneidad. Él dibuja; su equipo de arquitectos e ingenieros traduce la idea a las técnicas que re-

quiere la profesión y hace los cálculos necesarios. Por esa razón, sus creaciones son punto de diálogo y confluencia de diversas disciplinas, que van desde la pintura y la escultura hasta la literatura o la mitología, todas ellas combinadas, obviamente, con la arquitectura y la ingeniería. No es de extrañar, pues, que las bóvedas desiguales en forma de libro abierto de la biblioteca de la escuela suiza de Kawo Wohlen se unan en un punto, una columna de perfil clásico. Esta simbología, en la que se amalgama el clasicismo con la forma del libro, dentro del espacio escénico de una biblioteca, asocia ésta última con el libro de la sabiduría. Nuevos proyectos para un nuevo siglo.

Este año deben iniciarse las obras del gran proyecto que es la Ciudad de las Ciencias y la Torre de Telecomunicaciones que Santiago Calatrava ha diseñado para Valencia. El complejo, que se sitúa entre los mayores del mundo,

combina la especialización tecnológica con el aspecto lúdico. La torre, con 327 metros de altura, dominará la ciudad de Valencia y se convertirá, junto con la Ciudad de las Ciencias, en un espacio de diálogo y convivencia entre ciencia y sociedad. Pero especialmente, a través de esta obra Valencia cobrará, a fines de siglo, la vertiente de modernidad y el consiguiente cosmopolitismo que todavía le faltan en nuestros días.

Probablemente, el nuevo siglo despuntará en Barcelona con un Mercat del Born que albergará la nueva Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Pompeu Fabra. Por el momento, no obstante, las negociaciones entre la citada institución y el arquitecto están paralizadas; y seguro que todavía tardarán en dar sus frutos, que emergerán entre acero, vidrio y hormigón, de una realidad sensible que se mueve entre la magia y la fantasía de este arquitecto-artista. ■